



JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO  
Escritor.

## Lenguaje: memoria colectiva

El hombre aprendió a hablar por la necesidad de comunicarse y para descubrir el mundo. El lenguaje se aprende gracias a que preexiste y a que es memoria colectiva, archivada en la inteligencia humana

El hombre no es sólo un animal dotado de inteligencia y situado en un espacio temporal. El hombre es también espacio, se mueve y muda de lugar, y eso le hace descubrir el mundo exterior al que él ocupa. Entonces surge en el hombre la imperiosa necesidad de comunicación, de comunicar, que tiene mucho que ver con el mundo de los afectos, de los deseos, de la vinculación afectiva hacia el prójimo, eso que los griegos llamaron *philia*.

Pero pronto aparece otra especie más complicada de vinculación afectiva hacia el prójimo: la palabra, la palabra y su significado, el *logos* griego, por medio de la que se consigue la construcción de un universo significativo.

Así como la reacción afectiva o *philia* no precisa necesariamente del lenguaje, puesto que puede expresarse por medio de gestos y actitudes hacia otro u otros seres humanos, y ser entendida, la palabra necesita ser pronunciada, y también ser oída y entendida. He escrito pronunciada porque las palabras surgen de un complicado sistema vocal, que componen los labios, la lengua, los dientes, la laringe...

Pero si este complejo sistema que posibilita la voz como aparato emisor de sonidos, careciera en el hombre de otro sistema o sentido de oír, es decir, de la audición o aparato receptor, la comunicación entre hombre y hombre sería sólo un intercambio de gestos hechos con las manos y el rostro, principalmente; sería un lenguaje en el que la gestualidad y la vista sustituirían a la voz pronunciada y a la voz oída y entendida; pero así como el lenguaje de los sordomudos tiene una referencia en el lenguaje hablado y oído por una comunidad (un sordomudo español no entendería a un sordomudo inglés si no conoce el idioma inglés), la voz pronunciada, oída y entendida, no precisa más referencias.

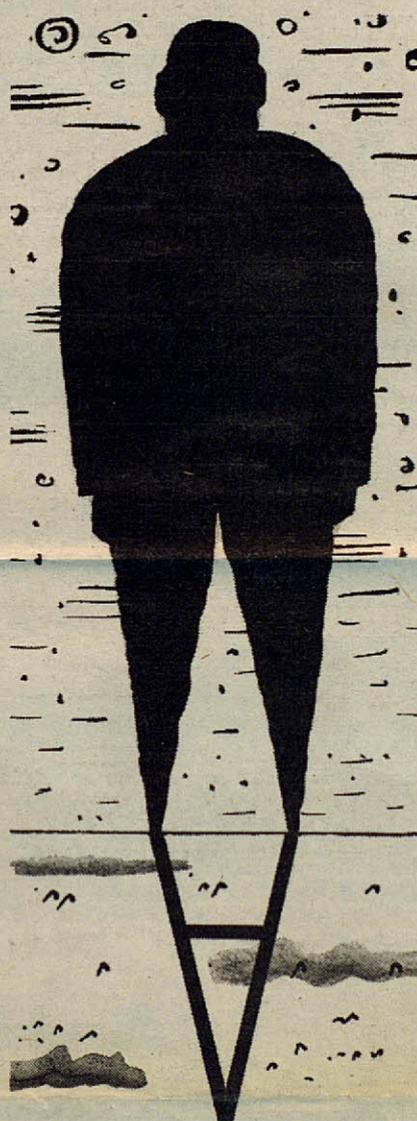
El origen del lenguaje tiene muchas explicaciones, muchas hipótesis, pero

por muy creíbles que parezcan no pasan de ser meras conjeturas. Lo que sí se sabe y se tiene como cierto es que los hombres desarrollaron una comunicación verbal-auditiva porque necesitaban cubrir dos imperiosas necesidades: la primera es la necesidad que tenía un hombre de comunicar, a otro o a otros hombres, algo exterior a ambos o a ellos, para prevenirse del entorno; la segunda es la necesidad de descubrir el mundo, el entorno que les rodeaba. En el primer caso, se trataba de cubrir una necesidad inmediata: señalar al otro o a los otros la presencia de un animal que cazar, o de una fiera ante la cual lo mejor pudiera ser huir. En el segundo caso, se trataba de conocer las cosas, el mundo externo, de poner nombre a estas cosas, de la necesidad de descubrir el mundo que les rodeaba.

La palabra hablada, en los remotos tiempos en los que aún no se había inventado la escritura, era, además de un modo de comunicar, una forma viva de recordar.

El pasado de una lengua común se aprende porque preexistía: es la gran memoria colectiva. Como señala acertadamente mi amigo y maestro **Emilio Lledó**, (al que tanto debo por estas disquisiciones y reflexiones que me brinda sobre el lenguaje y la escritura), sin memoria lingüística, cada generación estaría reinventando otro lenguaje o bien se comunicaría entre sí por medio de gestos, aullidos, gritos... La gran memoria colectiva sí que puede aprenderse, porque es comunicable y se enriquece de generación en generación.

El lenguaje se aprende gracias a que preexiste y a que es memoria colectiva, archivada en la inteligencia humana. El lenguaje se aprende viviendo en comunidad, como vivió el hombre del paleolítico, sin la distinción entre maestros y alumnos, puesto que cada ser humano aprendía y enseñaba a los demás. Los niños aprendían el lenguaje de sus mayores, lo enriquecían y lo



transmitían a las nuevas generaciones. Las expresiones sobre una experiencia individual, palabras y locuciones propias, si eran aceptadas por el grupo social y se empleaban, pasaban luego a ser objeto de posteriores aprendizajes y a ser archivadas en la memoria colectiva, y así se solidificaban, se fijaban en el tiempo y en el recuerdo.

Cuando el lenguaje aparece como *otro mundo*, como un código de significaciones, el tiempo del cuerpo humano, envejecido, se transforma en tiempo de proyecto hacia otro mundo, y la memoria se transforma en tiempo de esperanza y de destino. Y es entonces cuando, rudimentariamente, aparecen las primeras creencias en algún tipo de divinidad.

La misma existencia del lenguaje, que se da en la materialidad del aire que le envuelve, nos previene no sólo de su temporalidad, sino de la concretísima condición de sus motivaciones.

El lenguaje es, tal vez, la única forma de cultura que, verdaderamente, *se hace* naturaleza, pues se enraiza en la misma sustancia antropológica. Y es así como la precomprensión de una lengua se transforma en habla, es decir, en pensamiento racional.

Decir que sin la existencia del pasado no hay presente, no es una simple obviedad, como señala **Emilio Lledó**: significa también que cada presente es un modo de determinación del pasado. En el pasado de un lenguaje no caben ya intervenciones, pero sí interpretaciones.

Además, del pasado venimos, él nos ha configurado, pero podemos aceptar o negar lo que nos brinda. Es nuestra vida la que convierte en experiencia lo vivido por otras vidas o por otra historia. Y todo esto se realiza por medio del lenguaje, que almacena, que transmite y que interpreta el sentido de las palabras y de las frases.

Personalmente, puedo asegurar que el lenguaje hablado me ha influido tanto o más que el escrito en el conocimiento de la lengua en la que escribo. En España e Iberoamérica. Conocer los entresijos de una lengua, aprender nuevas palabras, nuevos giros y formas de expresión es más enriquecedor que limitarse a utilizar el *idiotoma literario* codificado en textos escritos.